Postas heterodoxas en la literatura de fronteras

Andrea Bocco

Inicio del viaje

A lo largo del siglo XIX, la literatura argentina escribe el territorio nacional; es decir, diseña simbólica, metafórica, intelectualmente el mapa de la nación[1]. Esta operación escrituraria es la contrapartida (y la base ideológica) de los planes estatales de expansión interna de fronteras, que varios de nuestros escritores encarnaron en el campo de la praxis política, en su perfil de hombres públicos.

El texto que inaugura una programática estético-política sobre el territorio es, sin dudas, *La Cautiva*. Pero en *Facundo* es donde esta se amplía y sistematiza, ofreciéndola (y ofreciéndose el propio texto sarmientino) como modelo. De esta manera, si el "problema de la Argentina es la extensión", entonces habrá que identificar la porción del *pingüe patrimonio* echeverriano y asediarlo desde la escritura como modo de civilización y de apropiación, y como nudo de constitución de una literatura nacional.

Estas directrices son claves para entender lo que el siglo XIX trama. De un modo u otro, todos los discursos se configuran adscribiendo o discutiendo este programa; todos los textos aportan un trazado del gran mapa de la nación. En este punto, entiendo que un espacio textual privilegiado para analizar estos diseños es la Literatura de fronteras puesto que se recuesta y, a la par, produce una noción de frontera que no es unívoca sino que, más bien, se trata de un espacio resbaladizo que no pocas veces colisiona con la política colonialista de la hegemonía estatal.

A partir de esta complejidad interna que estoy señalando, hallo en la Literatura de fronteras dos líneas de escritura: una que llamo "oficial" y otra que denomino "heterodoxa". La primera tiene exponentes como Estanislao Zeballos, por ejemplo, y funciona como portavoz de la posición estatal. En este sentido, pretende trazar la frontera como divisoria insalvable entre identidad y alteridad: en la medida en que aporta argumentos para el exterminio de los indios y despliega una programática

[1] Domingo Ighina ha trabajado los modos en que la literatura y el ensayo de finales de siglo XIX y, sobre de todo, de las primeras décadas del XX construyeron la nación. En este sentido, su noción de "territorio" nos resulta productiva para nuestros planteos: "Entendemos por territorio al espacio geográfico constituido y limitado por un estado, y que corresponde a un circuito en el cual actúan distintos proyectos intelectuales y políticos. Vale decir que el territorio forma un mapa convencional de porciones geográficas aceptado por un estado (en este sentido es el llamado espacio nacional), al tiempo que constituye un diseño intelectual de apropiación de ciertos significados espaciales, como solar, nación, continente" (IGHINA, 1998:95).

civilizatoria negadora de la otredad, pone en funcionamiento estrategias de invisibilización de las culturas aborígenes. La segundo línea de escritura mencionada (la heterodoxa) opera centralmente sobre la base de la contradicción entre aceptar la alteridad y negarla; por lo tanto, visibiliza a este sujeto, muchas veces negado como tal. A su vez, en esta línea es absolutamente evidente cuán porosa es la frontera y -por más separación que se pretenda- fundamentalmente, que es un espacio que pone en contacto y escenifica heterogeneidades, diversidades, pluralidades. Ingresan dentro de esta área de la literatura que estoy tratando, los textos de Santiago Avendaño, Lucio V. Mansilla, o Manuel Baigorria, entre otros.

Desde esta discursividad heterodoxa, me adentraré en la Literatura de fronteras para analizar los modos en que esa escritura espacializa y de qué modo en esta operación disputa sentidos a la *mission civilizatriz*.

Una de las primeras cuestiones a plantear en torno al objetivo central de este trabajo es la manera en que el siglo XIX monta el escenario del "desierto" para proyectar la territorialidad, como despliegue de la programática estético-política que ya he mencionado. En primera instancia, se trata de un **no** espacio, un vacío que abisma cualquier intento de pensar una localización y/o materialización.

Esta condición arrastra una serie de características negativas para ese *desierto*: despojo – ausencia – nada – desnudez – invalidez – desprecio – menosprecio. Sin embargo, esta suerte de desvalimiento, de falta que concentra la idea de 'desierto' como 'vacío' ofrece, a la par, la posibilidad del ingreso de elementos positivos. De este modo, es aquello que puede ser llenado, lo puro, lo virgen, una suerte de punto cero para la puesta en marcha de una reterritorialización. En definitiva, el *desierto* aparece configurado por los letrados "urbanos" decimonónicos como un concepto ambiguo y dinámico: reducto de la barbarie, pero que puede ser transformado por la civilización.

Esta concepción del desierto como espacio bárbaro civilizable deviene de varias cuestiones. Por un lado, de una posición etnocéntrica que considera que es un espacio deshabitado de humanidad, solo poblado por seres degradados que se asimilan a los animales; es decir, los indios. Por otro lado, de una visión de lo urbano que asimila "ciudad" a "orden" y a jerarquía social.

El diseño de las ciudades en América Latina -tal como apunta Ángel Rama, en *La ciudad letrada*- está sostenido por una razón organizadora que traduce el orden jerárquico social a una distribución geométrica del espacio. De este modo, el damero es el dibujo que se proyecta en la construcción de las ciudades americanas, dado que

obedece a principios reguladores de unidad, planificación y orden riguroso que explicitan una jerarquía social. La base de este diseño urbano está en que la proyección de la ciudad es previa a su construcción: "El orden debe quedar estatuido antes de que la ciudad exista para así impedir todo futuro desorden" (Rama, 1984: 7).

Es interesante traer a colación aquí lo que el estudioso uruguayo desarrolla sobre el devenir histórico del espacio citadino en América: España fundó "frenéticamente" ciudades a lo largo de nuestro continente, ubicándolas en forma dispersa y, por tanto, dejándolas aisladas e incomunicadas. Esta distribución repone la idea de vacío y le otorga la supremacía a la ciudad por sobre lo que la circunda y la excede: un inmenso y desconocido territorio no urbanizado y bárbaro. Lo urbano será un valor *per se* que se asimila directamente a civilización. En este sentido, el proyecto colonial, que continuarán los estados-nación latinoamericanos, será incrustar la ciudad como modo de control, de irradiar civilización, de asegurar la concentración del poder y del dominio. Por lo tanto, lo citadino es el espacio por excelencia que se reconoce para proyectar la territorialidad. Por fuera de él, no hay nada.

Los centros urbanos de poder y su *ciudad letrada*[2] interna se autoasignan los principios de orden y civilización, y distribuyen en su exterior la variante de caos y desierto. Con ello, justifican los planes de colonización de tierras y exterminio de sus antiguos pobladores.

La literatura de fronteras deconstruye la noción de *desierto*. Esta literatura nos narra que del otro lado de la frontera no hay un vacío, un desierto, sino que se trata de un espacio copado por la diversidad étnica: multiplicidad de pueblos aborígenes, de mestizos, de negros, de mulatos, de zambos, de blancos. La pampa como un espacio lleno de: sujetos, prácticas, rituales, asentamientos, traslados, fiestas, ceremonias, cruces, enfrentamientos… Un espacio en permanente movimiento, dinámico que

[2] Ángel Rama construye esta noción de 'ciudad letrada'. Explica que dentro de toda ciudad que se pronuncia como la parte material, visible y sensible del orden colonizador se asienta otra "no menos amurallada sino más agresiva y redentorista, que la rigió y condujo. Es la que creo debemos llamar la ciudad letrada porque su acción se cumplió en el prioritario orden de los signos y porque su implícita calidad sacerdotal contribuyó a dotarlos de un aspecto sagrado liberándolos de cualquier servidumbre con las circunstancias" (1984: 25). Se trata del centro protector del poder y el amanuense de sus órdenes: "Una pléyade de religiosos, administradores, educadores, profesionales, escritores y múltiples servidores intelectuales, todos esos que manejaban la pluma estaban estrechamente asociados a las funciones del poder y formaban un país modelo de funcionariado y de burocracia" (1984: 25). Este gran número de letrados logró notoriedad pública y procuró transformarse en un poder autónomo dentro de las propias instituciones en las que se desempeñaban. De este modo, la ciudad letrada adquirió supremacía dado que sus miembros constituyeron un grupo selecto y "drásticamente urbano" que impuso distancia sobre el común de la sociedad: "Fue la distancia entre la letra rígida y la fluida palabra hablada, que hizo de la ciudad letrada una ciudad escrituraria, reservada a una estricta minoría" (1984: 41).

contradice el supuesto estatismo de la inmensidad, de la inconmensurabilidad asfixiante y amenazante de *La cautiva* o *Facundo*.

Primera posta: Leubucó

Ingresar a distintos textos de la literatura de fronteras nos hace topar una y otra vez con Leubucó. Se trata de una población ranquel que se constituyó en un punto estratégico de distribución de caminos: el de Salinas Grandes que lleva a los terrenos de Calfucurá; hacia las tolderías de Ramón; para Quenque, donde está Baigorrita; y hacia los dominios de los mapuches chilenos en la cordillera.

Una excursión a los indios ranqueles es uno de los textos que construye, desde el relato, la logística de comunicación con ese espacio que aparece inaccesible para el ojo citadino, miope en la pampa. De esta manera, el texto de Mansilla hace el relevamiento topográfico y construye una cartografía de Tierra Adentro, con detalles de precisión:

> "Pasando los médanos de Ralicó, se llega a la aguada de Tremenó. Son dos lagunas, una de agua dulce, la otra de agua salada. Arriba suelen secarse.
> De Tremencó se pasa al Médano del Cuero.
> De allí al Cuero mismo hay dos leguas.
> Esa laguna tendrá unos cien metros de diámetro" (Mansilla, 2009: 90-91.Vol. 1).

Permanentemente, la escritura delimita, mide, calcula, evalúa el terreno:

> "Los campos del Cuero son diferentes. Ricos pastos, abundantes y variados, gramilla, porotillo, trébol, cuanto se quiera. Agua inagotable, leña, montes inmensos.
> Un estanciero entendido y laborioso allí haría fortuna en pocos años" (Mansilla, 2009: 91. Vol. 1).

Evidentemente, el enunciador asume la posición de aquel que rastrea las ventajas y desventajas de ese espacio, y proyecta y planifica en función de los intereses del Estado expansionista. Sin embargo, junto a ese permanente decreto del *pingüe patrimonio* aparecen en la obra una serie de cavilaciones que deslizan algunas interdicciones, cuestionamientos o, por lo menos, cierta dubitación sobre los mandatos de la *mission civilizatriz*. Al respecto, algunos de los pasajes que podemos señalar son desde el ya conocido excurso de Mansilla sobre civilización y barbarie (Capítulo X), las comparaciones entre el toldo de los indios y el rancho de los gauchos (Capítulo XXV) y los pasajes en que el narrador en primera persona le cede la palabra a un personaje indio, por ejemplo en el "Epílogo" en donde, por boca del cacique Mariano Rosas, se infiltra un cruda crítica al proyecto estatal de conquista de tierras.

Además, posicionado en un saber experiencial, el enunciador discutirá la representación de la pampa acuñada por la civilización:

> "Los que han hecho la pintura de la Pampa, suponiéndola en toda su inmensidad una vasta llanura, ¡en qué errores descriptivos han incurrido!" (Mansilla, 2007: 65. Vol. 1).

De este modo, este viajero cartógrafo blanco -que es la posición de enunciación elegida por muchos textos de fronteras, y particularmente por *Una excursión*- se combina con una suerte de antropólogo. Fundamentalmente, en estos casos de co-habitación, de co-presencia concreta y "real" entre estos sujetos blancos y la comunidad aborigen que los contiene, la escritura adquiere con mayor énfasis rasgos antropológicos. De algún modo, el enunciador asume una posición anacrónica, por cierto, e inaugural de etnógrafo: "participa abiertamente o de manera encubierta de la vida cotidiana de personas durante un tiempo relativamente extenso, viendo lo que pasa, escuchando lo que se dice, preguntando cosas; o sea, recogiendo todo tipo de datos accesibles para poder arrojar luz sobre los temas que él o ella han elegido estudiar". Así definen Hammersley y Atkinson (1994) la tarea del etnógrafo que pareciera coincidir con las posiciones, acciones y actitudes que los narradores de la literatura de fronteras asumen.

¿De qué modo, entonces, observa, recoge información y trata de arrojar luz sobre ellas el narrador de la literatura de fronteras? Recordemos que *Una excursión a los indios ranqueles* en 1875 va a recibir un premio con el que se destaca su valor científico (geográfico y antropológico). Esto nos ubica en cuál fue el horizonte de lectura de estos textos. Pero más allá de esto y de que en la actualidad los ubicamos en la literatura, no puede pasar inadvertido el modo de construcción del relato y sus pretensiones de cientificismo, en el sentido tal vez amplio del término: aportar un conocimiento válido y validado a partir de la propia experiencia. Por eso, el narrador como etnógrafo y la etnografía como una escritura sobre el otro.

Ubicándome particularmente en la configuración de algunos personajes con roles específicos -como es el caso de los curanderos, curanderas, brujos y brujas- puedo advertir algunas cuestiones. En el capítulo XXIV, Mansilla relata cómo los visitantes deben pasar por el análisis de las "brujas"/"adivinas", tales las denominaciones del narrador. Las describe como personas importantes para la comunidad pero de suerte endeble: pueden caer en desgracia frente a un fracaso. Aquí, más allá del escepticismo con que se presenta el arte adivinatorio, se le quita valor frente a la autoridad del cacique y, por supuesto la figura misma de Mansilla: primero las brujas plantean que los

blancos traen al Gualicho, pero Mariano Rosas insiste con que estudien mejor el curso del sol, la carrera de las nubes, el color del cielo, las yerbas amargas, y otros signo naturales para corroborar ese primer pronóstico negativo. Finalmente los conjuros ya no vaticinaron males y se dispuso la recepción de Mansilla. En este punto, los datos recogidos por el enunciador explican el rol de los adivinos en la comunidad pero a la par relativizan su valor.

En esta suerte de relato etnográfico que atraviesa estos relatos con curanderas/os y brujas/os en la literatura decimonónica de fronteras, el enunciador se construye desde un saber de testigo y se posiciona como un sujeto ajeno que evalúa una cultura otra y escribe sobre otro. Los aportes del "informante" son tomados con desconfianza y prejuicio aún cuando se constate una eficacia. Dos mundos de creencias y valores son puestos en tensión y confrontación, y el narrador resuelve desde el etnocentrismo.

Entonces, cartógrafo y etnógrafo convergen en la voz de este narrador-Mansilla y se combinan para presentarnos detalles de esta primera "posta" en la que me detengo y que es Leubucó. Así, las cartas enviadas a Santiago Arcos ponen en evidencia a este espacio como algo escondido, protegido, oculto y a la vez (y por ello mismo), deseado para el ojo del viajero/cartógrafo/etnógrafo:

> "A lo lejos, como una faja negra, se divisaba en el horizonte la ceja de un monte.
> -Allá es Leubucó – me dijeron, señalándome la faja negra.
> Fijé la vista y, lo confieso, la fijé como después de una larga peregrinación por las vastas y desoladas llanuras de la Tartaria, al acercarme a la raya china, me hubieran dicho: ¡allí es la gran muralla!
> Voy a penetrar, al fin, en el recinto vedado" (Mansilla, 2007: 128-129 Vol. 1).

El relato, capítulo a capítulo, narra las peripecias de un viaje por un terreno adverso, desconocido y traicionero. En este sentido, se cuenta cómo los caminos no son tales sino rastrilladas que se desvanecen, incluso para un baqueano entrenado; se reitera el modo en que los guadales sobreabundan, poniendo en peligro la marcha y la integridad de animales y personas; las dificultades para acertar un rumbo que no implique desabastecimiento de agua y reparo.

Toda la odisea que implica el viaje nos presenta a Leubucó como una suerte de nudo, de centro neurálgico político y territorial en Tierra Adentro. La organización espacial que hay del otro lado de la frontera queda evidenciada en la escritura a partir de una serie de indicios.

La primera cuestión a destacar es el modo en que se distribuyen las tolderías de cada cacique, ubicadas en diferentes coordenadas, pero a la vez interconectadas. Esta

lógica de *urbanización* no responde en absoluto a la lógica occidental/colonial del damero; de hecho, los toldos se esparcen por todos lados, sin un trazado rígido ordenador. Sin embargo, esto mismo implica un principio de organización y de configuración territorial, en la medida que hay -parafraseando a Ighina- un diseño intelectual de apropiación de significados espaciales. Permanentemente, se advierte un gran circuito de conexión de los espacios y el modo en que ese circuito está recorrido todo el tiempo por sus habitantes.

Otra cuestión es que se trata de espacios claramente *urbanizados* en la medida que, tal como lo señala Mansilla, se ubican en ellos "toldos permanentes" (1987:62) que poseen una serie de muebles, utensilios y divisiones internas que ofrecen diversas comodidades (espacios amplios, separados entre sí, totalmente cerrados o semiabiertos, como la enramada). Además, dentro de las tolderías los tipos de construcciones se combina: hay toldos y ranchos. Esto expone la diversidad étnica y cultural de la frontera que atraviesa también el "diseño urbano".

Finalmente, me interesa señalar y resaltar la condición de habitabilidad de Tierra Adentro, lo que -como ya expresáramos con anterioridad- contrasta con la idea de desierto y vacío que se quiere imponer desde el otro lado de la frontera. Esto se explicita, por ejemplo en un fragmento como el que reproduzco a continuación:

> "El camino de Calcumuleo a Leubucó corría en línea paralela con el bosque que teníamos hacia el naciente buscando una abra, que formaba una gran ensenada. De trecho en trecho se bifurcada, saliendo ramales de rastrilladas para diversas tolderías. **Reinaba mucho movimiento en el desierto**" (Mansilla, 2007: 124-125. Vol. 1. Negritas mías).

Un territorio con "movimiento", es decir con habitantes que lo recorren, que van de un lado a otro, pero que también se asientan en un sitio determinado. El "Epílogo" de *Una excursión* aporta datos sobre Leubucó que nos muestran cuán ocupado está el *desierto*: "ocho a diez mil almas"; "cuatrocientos a seiscientos toldos", cada toldo albergaba "veinte personas para arriba". Si comparamos el censo de 1840 de Córdoba con las cifras de Mansilla, Río Cuarto (ciudad de frontera) tenía 4251 habitantes, contra los 10.000 de Leubucó.

La primera posta heterodoxa evidencia con claridad la deconstrucción de la idea de desierto que la literatura de fronteras traza.

Segunda posta: Trenel

En esta posta literaria, la espacialización se da a través de dos escrituras: la propia de la Literatura de Fronteras y sus reescrituras.

Un caso ilustrativo al respecto es el de los refugiados políticos y un personaje paradigmático de este tipo es Manuel Baigorria, quien escribe/dicta sus *Memorias* (1868). Este personaje histórico fue un unitario puntano, perseguido político, que pasó una larga estancia en tierra adentro: vivió veintidós años refugiado entre los ranqueles y desde allí –y con ellos- lucha por sus ideas partidarias. Baigorria, en la encrucijada vital que lo empuja al escape para salvar su existencia, renuncia al exilio chileno (destino de tantos de sus compañeros de facción) y decide tomar rumbo hacia los indios. La frontera es su elección. Su voluntad está expresamente puesta de manifiesto en sus *Memorias.* De este modo, se transforma en un "pasado.

Me interesa detenerme en esta denominación –"pasado"-, dada a quienes buscaban refugio y se establecían por un tiempo en las tolderías. Se trata de un término que evoca por un lado, una cuestión temporal: remite a un sujeto que viene de otro espacio-tiempo, que tiene una historia previa que arrastra, a tal punto que esa vida anterior encarna y lo marca: él es el pasado, una suerte de sujeto descolocado, anacrónico. Por otro lado, el nombre nos remite a la idea de pasaje: se trata de quien ha traspuesto la frontera. La acción misma de cruzar se confunde consigo. Si, como plantea Alejandro Grimson, el cruce es la práctica definitoria de la frontera, este "pasado" es una suerte de personificación misma de la frontera: en su nombre está la cifra.

¿Cómo emergen estas cuestiones en Manuel Baigorria? Se trata de un personaje complejo, ambiguo, contradictorio. Por una parte, se afana por sobresalir, por tener el mando, por ganar cada batalla y por ser reconocido. Logra estos propósitos, pero -como contrapartida a esa obtención- se trasforma: para los "blancos" en un traidor, bárbaro, peor que los indios porque se vuelve contra su propia civilización; para los aborígenes nunca dejará de ser un "pasado", o sea, un extranjero que ha llegado a sus tierras buscando refugio y sobre el que siempre pesan sospechas de deslealtad.

De hecho, esta condición de doble extranjería (definitoria de la mayoría de los personajes de la frontera) coloca al Baigorria de las *Memorias*, como una suerte de doble agente: por un lado, desde la suposición o sospecha de blancos e indios, de considerar que sirve al otro lado de la frontera, al otro bando; pero también, en el plano de la narración mismo, aparecen episodios en los que esta posibilidad de pensarlo como doble agente se hace explícita. Por ejemplo, en una de las invasiones a San Luis,

Baigorria simula haber sido arrestado para que los indios se alejen del pueblo y no avancen en los saqueos. Este es un plan urdido a espaldas de Pichún (su *hermano* indio) y en connivencia con el ejército unitario blanco al mando de Videla, su protector (Cfr. Baigorria, 1975: 92-99).

Esta doble condicionalidad lo torna contradictorio en sus valoraciones sobre sí mismo y sobre quienes le han brindado su hospitalidad. Baigorria tiene una mirada ambigua sobre los indios. Por una parte, los considera bárbaros; pero por otra, entiende que son sus amigos, sus salvadores y sus aliados, en una suerte de contrato que sella con su propio cuerpo: lo ofrece para la negociación política, lo somete a heridas y lesiones, lo viriliza/vitaliza engendrando progenie mestiza.

Respecto a la consideración sobre sí mismo, a pesar de que sea para los blancos un indio, él afirma permanentemente: "Yo no soy indio … y aunque me veas entre ellos siempre soy delicado como he sido" (1975: 97).

Ahora bien, desde este personaje podemos advertir algunos rasgos del exiliado que no dejan de tener peculiaridad en Baigorria. El "pasado" es alguien que lleva adelante un proceso de adaptación, que toma decisiones estratégicas, que puede construir una posición de mando o de poder, que mantiene el contacto con el otro lado de la frontera. Es más, esto último no es solo un privilegio para estos personajes, sino una necesidad y hasta una obligación. Una necesidad, para seguir alimentando su condición dual, fronteriza y porque su deseo de retorno está latente. Una obligación, porque la posición de poder que adquieren entre los indios los ubica como piezas estratégicas de enlace.

La condición del exiliado lleva a muchos de los personajes de la literatura de frontera a estar partidos entre dos experiencias, dos mundos. En el caso de los "pasados" como he expuesto, esto se hace tal vez más acuciante. En este sentido, por ejemplo para el caso de Baigorria, la estancia en tierra adentro –tal como lo concibe el propio personaje-, no le hace perder su condición de *civilizado*; en todo caso, lo transforma momentáneamente:

> "Baigorria, todo el tiempo de su juventud, pasada de época en época alegre, sin hacer lugar a la triste y abatida vida que pasaba desde que se ausentó de su país y se arrojó a la pampa, en donde **se constituyó salvaje por algunos años**. En el cuarenta y nueve o cincuenta, con la edad ya entró a detestar la vida salvaje" (1975: 112, resaltado mío).

Desde estas características y condiciones que he mencionado hasta aquí -y que ejemplifiqué desde el personaje de Manuel Baigorria-, el exilio se me representa como

un modo de habitar la frontera. Sostengo esto en función de que, desde el desterrado/refugiado/enviado/cautivado/pasado, la experiencia vital de la frontera está definida por las contradicciones internas del propio sujeto y por las pugnas que, de algún modo, terminan también encarnando en él entre dos mundos.

Haber sido empujados violentamente o por elección a la frontera hace que el exilio sea la manera en que el sujeto exiliado se afinca en ella: se reconoce ajeno y desde esa extranjería se asume una posición y se comienza a tramar una posibilidad de pertenencia; que siempre será una pertenencia doble, multiplicada, partida, quebrada.

Pero tal vez, saberse un otro que debe permanecer en un espacio geocultural diferente al de origen es lo que permite a quienes están obligados a permanecer allí a construir lazos, vinculaciones, prácticas, historias que lo alejen de la locura, la muerte, la enajenación. Hay muchos textos que ofrecen relatos exitosos de los personajes de fronteras. Con "exitosos" me refiero a testimonios de quienes han sobrevivido, permanecido y reconstruido su vida (aunque más no sea durante la fracción de tiempo que dure su estadía en tierra adentro) en este exilio. Admitir que la frontera los cobija porque su propia comunidad los ha expulsado: los echó por "delincuentes" o por "conspiradores"; o bien, no los supo proteger frente a la invasión/malón (para el caso de los cautivos). De algún modo, saberse no queridos/cuidados/valorados y empujados a una región otra le abre al exiliado la necesidad de asumir la frontera como su nuevo hogar. Por supuesto, que esta situación, como ya he planteado está colmada de crisis, y contradicciones. Pero sin embargo, el exilio en ese marco complejo y ambiguo permite habitar, o sea transformar la frontera en el domicilio existencial y simbólico del sujeto desterrado.

Por lo tanto, en este habitar la frontera, se la territorializa. Y en este caso, el espacio se mapea desde adentro.

La escritura de Baigorria permanentemente referencia los espacios, pero sin demasiados datos de precisión: indica sus nombres, relata viajes, narra trayectos y lugares de encuentros pero sin mencionar coordenadas. Se trata de un bosquejo de mapa que solo puede leer el que conoce: se necesita ser un baqueano para orientarse, en medio de esos trazos tenues, implícitos, ausentes.

El sitio en el que se asienta y convive junto a otros refugiados a los que acaudilla está bien al resguardo de las invasiones. De hecho, el General Emilio Mitre en 1855 intenta invadir El Cuero y su operación militar se frustra por desorientación absoluta. Se trata de una zona escondida en el seno de profundas depresiones, ubicada al sur de la

línea Mercedes – Río Cuarto – La Carlota. Era un espacio de difícil acceso en aquel entonces, con cadenas de médanos fijos o movibles y con algarrobales y bosques de caldenes y chañares, que se transformaban en obstáculos casi infranqueables para el ignorante de esa topografía. Tales condiciones implicaban el resguardo de la población y de las riquezas naturales: variedad de pastos y reservas de agua dulce. En esa zona de influencia se enclava Trenel, el poblado en el que Baigorria vive.

Una de las características centrales de esta *ciudad* de las pampas es la extranjería. En los toldos de Trenel, buscan asilo hombres y mujeres de todas las provincias que comparten con Baigorria, en general, el ser expulsados políticos.

La famosa isla flotante del exilio, en término de Alberdi, tiene asiento concreto en tierra adentro: Trenel. Allí vivieron cerca de quinientos unitarios, protegidos por Baigorria bajo el amparo de Painé y de su hijo Pichún. Se trata de una población multicultural en todo sentido: combina los toldos con ranchos de adobe; junto a las prácticas rituales aborígenes, las celebraciones de la misa cristiana; en medio de diversas festividades, se recorta la conmemoración cívica del 25 de mayo con ejercicios militares e hípicos incluidos.

Este espacio de Trenel tiene una configuración interesante en *La cicatriz* (2008), novela de Daila Prado que reescribe el texto de Baigorria:

> "Y bien: Manuel Baigorria logró lo que nadie volvería a lograr. En medio del Mamuellmapu, en tierras habitadas desde hacía siglos por aborígenes, Lautramán injertó una comunidad winca.
> Allí en la inmensa pampa sin alambrar, en el portal de lo que después se llamaría la Patagonia argentina, hay una vivienda con bandera celeste y blanca en la puerta, sostenida por un mástil de caña tacuara incrustado en la pared de adobe.
> Ahí vive el jefe, pensó o supo Diógenes Toledo al divisar la casa; en realidad la vivienda era a medias un toldo y a medias un rancho a la usanza cristiana. No tiene puerta de madera, ni de palos sino abertura rectangular que se cubre y descubre con un pesado cuero, oloroso todavía a potro. Efectivamente, esa es la casa de Manuel Baigorria en Trenel, la casa del jefe, rodeada por medio centenar de otros ranchitos que empinan su agudo techo de paja buscando romper la monotonía de la pampa" (Prado, 2008: 245).

En el capítulo titulado "Trenel" (del cual está sacada la cita precedente), la autora nos presenta ese espacio winca enclavado en la pampa como un lugar atravesado por la mezcla: combina modos de construir las viviendas provenientes de diferentes culturas; reúne a sujetos de diversas etnias; junta a expulsados de la "civilización" blanca de distinta laya.

Trenel es el modo de instalación de los "pasados" en la frontera:

> "Baigorria muestra Trenel como si fuera suyo; de hecho casi lo es. Nada había en ese campo virgen, nada humano, solo una rastrillada antiquísima que casi no se utilizaba ya, y había sido cubierta por la vegetación. A la vera de la rastrillada, Manuel Baigorria empezó

> el desmonte; él mismo comandaba los trabajos, hacha en mano. Cuando el terreno estuvo despejado, Lautramán se dispuso a planificar: aquí mi casa, la plaza, las calles… caven un pozo allí, y otro allá… es preciso emparejar este sitio pues aquí haremos las formaciones… Ese día fue uno de los más plenos en la vida aventurera de Manuel Baigorria: ¡todo estaba por hacer, todo! Sintió la alegría de comenzar. Se sintió un conquistador (Prado, 2008: 246-247).

La experiencia de la frontera parte al hombre en dos, del mismo modo que la cicatriz -fruto de una lucha contra los blancos- ha dividido su cara. Eso incluso está en su nombre dual: Baigorria / Lautramán (Cóndor Petiso). De esta manera, se constituye en indio sin dejar de ser blanco. Sus prácticas, su ropa, su aspecto físico se familiarizan con el de sus aliados y vecinos: "La cicatriz, despareja, avasalladora, parece ser el rasgo que acaba de hermanar su aspecto con el de los indios ranqueles" (Prado, 2008: 345). Más allá de que él no se conciba indio, sabe que debe parecerse: lo hace por conveniencia, pero también es lo que elige como modo de vida durante veinte años.

La propia conciencia de Baigorria indaga: "Quién es él: ¿blanco o indio?" (Prado, 2008: 252). Esta inquisición es, en la mirada contemporánea de la novela de Daila Prado, una afirmación de la disyunción. Una "o" que pareciera ser que impele al sujeto a elegir por alguno de los dos. Pero no puede haber elección porque la opción de la frontera lo ha empujado a sostener la convivencia entre ambos. Baigorria es un blanco entre los indios; un indio entre blancos; una garantía para los tratados; una amenaza en la batalla; un traidor; una patriota; un salvador; un fiel servidor; un bárbaro; un guerrero que viste uniforme y alza lanza india; un "pasado" que funda en el desierto un pueblo para refugiados blancos; un jefe blanco respetado por su tropa india pero que no consigue sostener su autoridad entre los otros "pasados"….

Se trata de un sujeto que es mucho más que un "mediador cultural" (Batticuore, 2008: 143-182). La experiencia central de ambos textos (las memorias y la novela) pone el acento en que no solo se cruza la frontera, sino que esta atraviesa agresiva y conflictivamente los cuerpos que la transitan. Mediar trasunta una posición de cierta exterioridad entre dos partes. Y, en este caso, la frontera implica una total interioridad: penetra, talla, asedia, persiste.

Por eso, también la espacialización de estas escrituras es menos expansiva, más interna, sobre todo en el texto de Baigorria. Allí, el mapa se lee, más que se dibuja. En *La cicatriz*, se despunta el secreto y se muestra el revés de la trama: el espacio se vuelve el diseño de una ciudad, una suerte de plano imaginario que Baigorria traza como cobijo y como conquista.

Trenel nos muestra, tal vez, la posta más heterodoxa porque arrastra la razón ordenadora y la choca con un modo otro de disponerse los hombres en el espacio. Nos expone la apropiación del espacio aborigen por parte de los blancos, pero no desde la posición del sojuzgamiento y la colonización sino del compartir el territorio.

Fin del recorrido

Las dos postas que he recorrido en este trabajo han pretendido demostrar la existencia de una configuración territorial durante el siglo XIX, del otro lado de la frontera, que *urbaniza* sobre otros parámetros culturales diferentes a los occidentales/coloniales. Esta condición "urbana" es puesta en evidencia en una serie de textos de la Literatura de Fronteras que despliegan un contradiscurso al discurso colonizador del Estado decimonónico.

Multiplicidad de experiencias, de sujetos, de espacios que circulan y se hilvanan en la escritura de Mansilla y Baigorria. Ellos lo cuentan porque lo han vivido. El carácter testimonial de la literatura de fronteras le otorga una condición de verosimilitud que se opone al artificio del "desierto", puramente literario y especulativo. En esto se despliega una estrategia que busca visibilizar: se discute el discurso único, hegemónico desde la escritura "blanca" misma. Esto transforma a esta línea de escritura del género de fronteras en heterodoxa y cada posta que hemos seleccionado para adentrarnos en esta realidad discursiva así nos lo ha revelado.

Bibliografía

Arcondo, Aníbal. (2000). "La población de Córdoba según censo de 1840", Córdoba: Serie de Estudio, Instituto de Economía y Finanzas, Facultad de Ciencias Económicas, Universidad Nacional de Córdoba.

Baigorria, Manuel (1973) *Memorias* Bs. As.: Solar/Hachette.

Batticuore, Graciela, Loreley El Jaber y Alejandra Laera (comps.). (2008). *Fronteras escritas. Cruces, desvíos y pasajes en la literatura argentina*, Rosario, Beatriz Viterbo.

Grimson, Alejandro (2000) *Interculturalidad y comunicación*. Bs. As., Norma.

Hammersley, Martyn y Atkinson, Paul (1994). *Etnografía: métodos de investigación*, Barcelona, Paidós.

Ighina, Domingo. 1998. “Reconfiguración del espacio nacional argentino en el principio del siglo. Diseño del territorio, revisión histórica y proyecto intelectual” en *Silabario. Revista de estudios y ensayos geoculturales*, Año I, N°1, Córdoba: Alción, pp. 93-106.

Mansilla, Lucio V. (1987). Una excursión a los indios ranqueles, (dos volúmenes), Bs. As., CEAL.

Pastor, Reynaldo A. (1942) *La guerra con el indio en la jurisdicción de San Luis*. http://biblioteca.sanluis.gov.ar/%5CPublicaciones%5CLA%20GUERRA%20CON%20EL%20INDIO%20EN%20LA%20JURISDICCI%C3%93N%20DE%20SAN%20LUIS

Prado, Daila (2008) *La cicatriz* Bs. As. Ediciones B.

Rama, Ángel. 1984. *La ciudad letrada*, USA: Hanover.